JAMES PETER WARBASSE

EL COOPERATIVISMO PUEDE EVITAR LA GUERRA



EDITORIAL RECONSTRUIR

EL COOPERATIVISMO PUEDE EVITAR LA GUERRA

JAMES PETER WARBASSE

EL COOPERATIVISMO PUEDE EVITAR LA GUERRA

Editorial
RECONSTRUIR
1954

COLECCION RADAR
SERIE: ESTUDIO Y REALIZACIONES DE ECONOMIA SOCIAL

PROLOGO

La editorial RECONSTRUIR en su Colección RADAR, ha querido contribuir con su esfuerzo a la difusión del último libro de Warbasse: "El Cooperativismo y la Paz", que ha encontrado la resistencia de poderosas editoriales que no han comprendido todavía la noble responsabilidad de participar en el esclarecimiento de la verdad.

Ya próximo a aparecer con el sello editorial de "Americalee", los amigos de RECONSTRUIR han querido asociar mi nombre al del destacado y anciano escritor norteamericano, que al cumplir precisamente en este mes sus ochenta y ocho años, mantiene el más vivo interés por el desenvolvimiento del sistema cooperativo y participa activamente en su difusión.

Es con este objeto que yo me atrevo a extraer de un trabajo más extenso estas breves noticias biográficas del autor, resumiendo a continuación algunos de los fundamentos ideológicos e históricos de lo que Warbasse considera, y con muy buenas razones, el "método para la paz y la reconstrucción mundial", objetivo central al que vienen apuntando, infructuosamente, poderosos estados y grandes organizaciones.

Desde los más remotos orígenes de la civilización, el método de trabajar en común ha sido uno de los instrumentos más poderosos del progreso social. El ayllú, el mir, el artel, la comuna, la comunidad familiar y patriarcal, e infinidad de otras instituciones milenarias, a las que han venido dándoseles las más diversas denominaciones, han

respondido voluntaria o espontáneamente a la misma filiación sociológica y ética del cooperativismo.

Casi nos atreveríamos a sostener que es debido justamente a la extraordinaria potencia de esta tendencia humana libertaria y socialista que se sostiene todavía la estructura total de la civilización, conmovida hasta sus cimientos mismos por la quiebra definitiva del sistema económico que la informa y la destrucción tremenda a que conduce el crimen organizado de las guerras, que han sido y serán su consecuencia obligada.

Si a ello agregamos que el mutualismo, nacido como el cooperativismo y el movimiento sindical, del seno mismo de las clases obreras oprimidas, constituye otra manifestación de esa misma tendencia social organizadora y libre, se comprenderá mejor por qué decimos que esta corriente expresa la fuerza unificadora y constructiva más importante con que cuenta la civilización contemporánea.

Pero esa tendencia ha dejado de ser en parte una tentativa espontánea, para transformarse en un movimiento organizado que abarca actividades extendidas a los cinco continentes, con una población total vinculada a sus instituciones que en términos muy ponderados se calcula supera ya los 600 millones de personas.

Warbasse insiste en que todo ello representa "la sociedad cooperativa" en proceso de formación e integración, que desborda los simples cuadros clásicos del cooperativismo tradicional y aspira a echar las bases de una total reconstrucción social.

Ese objetivo fundamental del cooperativismo rochdaliano, del que Warbasse es en este momento su mentor y representante internacional más notable y enérgico, rechaza de plano la absorción de la vida económica, social y cultural por el Estado, insistiendo en que el poder no crea jamás el derecho, ya que sólo los pactos libremente concertados pueden servir de base a la cooperación social de los hombres.

Si bien es cierto que la filiación ideológica de esta tendencia cooperativa puede encontrarse desde mucho an-

tes de 1844, debe reconocerse que es a partir de esa fecha que el movimiento logra concretar los seis o siete principios básicos que constituyen todo el secreto de su éxito. El sistema se da su reglamento, se encauza dentro de una disciplina experimental y organizadora que se ha puesto a prueba a lo largo de un siglo de éxito creciente.

La primera organización obrera internacional, fundada en 1866, recoge en sus estatutos la inquietud cooperativa, y fomenta la difusión de la idea a través de las dos tendencias socialistas que en su seno se manifiestan.

Warbasse parte precisamente del famoso trabajo de Pedro Kropotkin "La Ayuda Mutua", en la fundamentación científica y filosófica del principio cooperativo. Y Carlos Gide, otro maestro indiscutido del método, declara honestamente que tampoco fué el estudio de los economistas clásicos, lo que le conduce hacia el sistema, reconociendo, con Claudio Jaunet y León Tolstoy, que el cooperativismo había sido "la única experiencia social que había tenido éxito en este siglo".

Los principios fundamentales del famoso ensayo kropotkiniano causaron gran revuelo entre los darwinistas ortodoxos y liberales de aquellos años, pero sirvieron para contrabalancear la influencia desastrosa del darwinismo entre los economistas que postulaban el individualismo capitalista como eje de la estructura productiva universal.

Más es con el celebrado maestro de Nimes y con Warbasse que rompe la marcha el nuevo concepto social cooperativo que señala y exige que la economía política sea tratada no desde el punto de vista del productor, sino del consumidor. Enfoque totalmente revolucionario y orgánico que viene a trastornar el orden capitalista actual y sus inevitables vinculaciones políticas con el Estado.

Abreviando, podría sostenerse que todo el cooperativismo está en ese básico principio, y que todo él descansa sobre la amplísima base democrática y mayoritaria que el consumidor representa. "Consumidores somos todos", repite Warbasse, y es desde el punto de vista del consumidor que la economía debe ser reconstruída. A ello aplica War-

basse su extraordinaria actividad práctica y su notable fecundidad intelectual. De ahí la firmísima trabazón interior y la innegable coherencia lógica y ética de todos sus trabajos, que a parte de sus libros, han sido recogidos en doce volúmenes, que abarcan el período comprendido entre 1892 y 1946.

En noviembre de este año, como decimos, el gran luchador cooperativista cumplió sus ochenta y ocho años, y como Gide al llegar a los ochenta, en pleno y glorioso vigor mental, podría contestar también que su salud y su longevidad no tienen nada de extraordinario. Gide, a alguien que le había hecho una pregunta al respecto contestó: "No hay ningún mérito en tener ochenta años. El único secreto es trabajar sin cesar. Cuando la muerte entreabre mi puerta y me ve instalado en mi mesa de trabajo me dice: "—Tú no has concluido tu tarea. Está bien. Termina. Ya volveré". El talentoso guía francés vivió hasta los 84 años. Warbasse hasta los ochenta y dos iba todos los inviernos a practicar el patinaje sobre la nieve en la montaña, andaba en bicicleta, hachaba y realizaba diversos trabajos cotidianos que requieren vigoroso esfuerzo físico.

Los antepasados de Warbasse fueron de aquella cepa americana pre-revolucionaria que diera expresión y empuje a la tradición republicana de los Paine, de los Jefferson, de los Henry, de los Lincoln. Entre aquellos antepasados figuran algunos de los integrantes del histórico pasaje del "Mayflower". Por su rama paterna entronca con Benjamín Franklin y con el capitán John Kayes, del grupo más íntimo de Jorge Washington.

En 1889 Warbasse se recibe de médico en la Universidad de Columbia, y enseguida prosigue estudios de perfeccionamiento en la Universidad de Goettingen, Alemania, y luego en Viena. Es en Alemania donde toma contacto con el movimiento cooperativo. De vuelta a su patria practica cirugía en Nueva York hasta 1910, conquistando distinciones como cirujano de nota, investigador, maestro y autor.

Edita por ese entonces el "Journal of Medicine", y el "Journal of Surgery". Preside simultáneamente diversas

instituciones científicas, entre ellas la "Sociedad de Cirugía", de Brooklyn y la "Sociedad Médica", de Long Island. Participa como miembro activo en numerosas Escuelas, Centros de Investigación y Academias superiores de Nueva York, y promueve el desarrollo de la Sociedad Americana de Sociología, siendo él el primer relator destacado de un tema que siempre le atrajo: "Economía Médica", en la que sitúa al paciente como un consumidor de asistencia y previsión sanitaria. Su notable trabajo: "Tratamientos Quirúrgicos", en tres volúmenes, que contiene 2.400 ilustraciones originales y consta de 3.000 páginas, tuvo amplia difusión y todavía es libro de consulta entre los profesionales.

Habiéndose interesado siempre vivamente por la situación económica y social de la clase trabajadora, y familiarizado ya en Goettingen con el método cooperativo y sus realizaciones, se aplica desde entonces con fervor humanista y espíritu científico, al estudio sistemático de todos los movimientos políticos, sociales, religiosos y de masas populares desde los cuales se desplegaban formas de actividad enderezadas a resolver o aliviar las grandes cuestiones de interés colectivo, sobre todo aquellas más generales, más apremiantes y más graves. Y es así, a través de la aplicación estrictamente experimental y concreta de su agudo espíritu crítico y positivo sentido de observación, como Warbasse llega a la conclusión de que las normas rochdalianas eran teórica y prácticamente superiores a todas y explicaban el éxito que su correcta aplicación iban promoviendo en todo el mundo, sin distinción de razas, por arriba de todas las religiones.

En su casa de Brooklyn se realizan durante dos años las reuniones iniciales que habían de conducir a la organización de la hoy poderosa y rectora "Liga Cooperativa" de los Estados Unidos, en 1916. Desde entonces Warbasse sería reelegido su presidente, hasta 1941.

Desde 1919 hasta 1927 publica también la revista "Cooperación", órgano dedicado al movimiento y donde va volcando sus conocimientos y poniendo a prueba su experiencia y su envergadura mental. Son artículos, ensayos,

informaciones, comentarios; siempre elocuentes, ajustados, que toda la prensa del movimiento y algunas enciclopedias reproducen. Su primer libro, "Democracia Cooperativa", sale en 1923 y alcanza ya a su sexta edición en inglés. Su segunda edición en español, totalmente revisada por el autor, debe salir a fin de año. Ha sido traducida a los diez idiomas más conocidos, honor que sólo a muy pocas obras notables se concede. La edición alemana de 1940 fué dignamente honrada por los nazis en la hoguera. En numerosos países sigue siendo libro de texto de estudiosos e investigadores sociales.

La fecunda mentalidad de Warbasse nos ha ofrecido también, en 1939: "Cooperación, un método para la Paz"; en 1942: "Problemas de la Cooperación" y "Sistema Cooperativo", (Un método para la reconstrucción mundial), traducido también al español aquí en 1947 y, finalmente: "El Cooperativismo y la Paz", del que hemos tomado varios capítulos para este folleto, y que próximamente la editorial ya mencionada hará conocer íntegramente.

Por último, y a insistentes ruegos de familiares y amigos, acaba de publicar: "Poems of the Family Circle" (Poemas del círculo familiar), selección de algunas delicadas composiciones que su autor encabeza con un incisivo prólogo. Quisiéramos que el lector pudiera deleitarse con su forma y sus conceptos. Pero la tiranía del espacio apenas si nos concede desglosar dos o tres notables enfoques: "En primer término la poesía es sólo para el poeta. Leonardo da Vinci decía que todo su genio consistía en emplear sus facultades, mientras tantos otros en posesión de esas mismas facultades dejan dormir su talento. Muchas de estas composiciones fueron escritas en el tren, y otras en los debates, cuando la discusión llega a un punto muerto. Acaso deban esperarse las mejores repercusiones en las artes cuando sus frutos sean productos del ocio o del simple y libre espíritu recreativo, más que de la necesidad profesional de crear. En la era atómica será más importante para el mundo lo que el ciudadano realice durante sus horas libres que lo que haga cuando trabaja seriamente. Sin duda

alguna estas poesías no debieron haber sido publicadas. Ellas descubren la intimidad de la vida familiar. Acaso tuvieran que ser leídas sólo por aquellos que alientan idénticos sentimientos hacia ese aspecto de la vida. Invito al lector a pasar al estrecho círculo privado de la familia; y espero que se acerque a él en actitud simpática".

Actualmente, y mientras revisa sus trabajos y prepara colaboraciones para diversas publicaciones, está entregado a la preparación y compilación de materiales para los siguientes libros: "Historia de la Cooperación en los Estados Unidos"; una "Autobiografía" y, finalmente, una "Historia para los Niños".

Para cerrar esta noticia, agreguemos que exornan su dinámica y creadora vida cinco hijos amados, todos ellos núcleos de otras tantas familias, y que entre ellos se destacan un músico y un cirujano que prolongan la fama de su progenitor. Con todo ello se completa armónica y dignamente la figura personalísima de este notable promotor cooperativista, así como el ambiente social e íntimo, en el que los numerosos nietos por las cinco ramas filiales enmarcan el perfil del gran luchador y extraordinario propagandista, que el movimiento cooperativo supo atraer y en el que Warbasse halló los fundamentos de una nueva ética para una nueva economía.

Noviembre de 1954.

MIGUEL A. ANGUEIRA.

LA GUERRA PERMANENTE

El conflicto internacional llamado guerra es la expansión por sobre las fronteras nacionales de la constante lucha que se manifiesta entre los individuos. En el actual sistema dominante de precios y de lucro, los individuos compiten entre sí por la obtención de clientes, de compradores, de parroquianos, de pacientes, de preeminencia. El arte de vender y el de anunciar son materias que se enseñan en las escuelas. En la pugna por el lucro, cuando uno consigue un cliente, hay otro que lo pierde. Ello significa la pérdida de la ganancia que pudo haberse logrado vendiendo a ese cliente.

Hay colegios y universidades que tienen escuelas de negocios. Abundan las escuelas comerciales especializadas. Algunas de ellas son instituciones importantes. En los cursos sobre arte de vender, los jóvenes aprenden el modo de quitar el cliente a no importa quién. Ciertas cuestiones no se plantean: "¿Si consigo un cliente, será para bien del mismo? ¿No privaré a mi competidor de una ganancia que él necesita para mantener a su familia? ¿Podré servir a mi cliente como lo hubiera hecho mi competidor?". No deja de ser una anomalía que jóvenes asistentes a una misma clase se instruyan en el modo de hacer ventas y que de ese modo se conviertan en rivales. Suponed que cada uno de ellos haya aprendido el mismo método en la misma escuela y que aplique la enseñanza sobre un mismo cliente. Suponed que todos conocen por igual los diversos *trucos* del oficio y que ponen en juego igual habilidad en un caso determinado, ¿no existirá el peligro de que se neutralicen

mutuamente y que el resultado final sea cero? Esto suele ocurrir en la publicidad comercial. En una ciudad de Ohío, dos compañías petroleras en competencia llenaban cada cual una página entera del diario local proclamando la superioridad de su producto respectivo. En realidad, los camiones de cada compañía sacaban el petróleo de un tanque común. Los clientes de cada compañía recibían el mismo petróleo y... cubrían el costo de esa publicidad.

En la práctica médica de muchos países prevalece el sistema de pago por servicio o consulta. Cuando un médico consigue un paciente, el otro médico no lo tiene. A semejanza de los empresarios de servicios fúnebres, los médicos se hallan a la espera de que algún mal hiera a un ser humano. Su prosperidad depende de la magnitud de los males. Su felicidad económica está en relación con las desgracias físicas del público. El método cooperativo en medicina provee hospitales, clínicas, laboratorios y farmacias, sostenidos y fiscalizados por los pacientes o probables pacientes. Los médicos reciben un estipendio fijo. No necesitan desear que las enfermedades aflijan a la gente. Estarán mejor y dispondrán de más tiempo desocupado cuando sus pacientes se encuentren bien. En las cooperativas más progresistas, los médicos son responsables de la salud de los asociados. Su mayor responsabilidad consiste en la prevención de las enfermedades. En ciertos grupos de cooperativas avanzadas, el pago a médicos y enfermeras aumenta en la medida que logran reducir los índices de morbilidad y de mortalidad. Por medio del método cooperativo, la lucha económica de competencia se elimina de la medicina para dar lugar a una puja de eficacia.

La hostilidad dentro de la lucha de competencia capitalista se atenúa por métodos tales como acuerdos sobre precios, consorcios, *trusts* y *cartels*. La fijación de precios elimina una fuente de conflictos, pero no suprime los conflictos. La pugna por el cliente continúa como antes. El consorcio y el *trust* unifican a cierto número de empresas rivales, lo cual elimina la competencia. El *cartel* une a las empresas sobre líneas internacionales. Estos modos de evi-

tar la competencia podrían hacer bajar los precios; pero su propósito es el de reducir el costo, producir la escasez y aumentar los precios, cuando ello es compatible con el aumento de las ganancias. En ciertos casos unos *trusts* compiten con otros. El *cartel* representa el último grado de eliminación de la competencia dentro del sistema comercial del lucro. La reducción del costo por medio de los consorcios podría ser ventajosa para los consumidores. Algunas veces lo es. En general, esos consorcios actúan en sentido contrario, promoviendo la escasez y elevando los precios.

Desde el punto de vista del pueblo, el *trust* y el *cartel* son objetables, porque son competidores más poderosos de la organización cooperativa que los pequeños negocios aislados. Grandes consorcios se han unido a veces concentrando sus fuerzas para destruir a un único competidor cooperativo. La esperanza de la economía cooperativa ante tal emergencia, se halla en el consorcio cooperativo internacional.

El hecho importante es que el comercio sobre la base de competencia y lucro produce hostilidades entre los individuos. Ellas se aumentan por el nacionalismo y el *chauvinismo* que conducen al odio racial. Los libros de texto para los jóvenes engendran un sentido de superioridad patriótica. La gente que cree ser superior es la misma que supone que los hombres de otras nacionalidades son inferiores. El desprecio lleva hasta el odio cuando se invocan ciertos motivos. El odio de razas sigue operando entre los individuos y se agrega a las animosidades creadas por la competencia económica. Así pues, la competencia comercial, el patriotismo, el nacionalismo *chauvinista*, las religiones inconciliables y el odio racial determinan la lucha constante que caracteriza a los tiempos de paz. Cuando esos conflictos traspasan las líneas internacionales, surge la guerra.

Existe también una constante lucha entre la libertad del individuo y el poder coercitivo del gobierno político. En el fondo de esa lucha se halla el afán de privilegios que otorgan los organismos del Estado. La presión del Estado

por someter al individuo a sus reglamentos y el ansia del individuo por mantener su individualidad, están permanentemente en evidencia. Es una lucha creciente entre cuyos factores causales está la pugna económica por el lucro y el poder.

Un agente del Servicio Secreto de Estados Unidos afirmaba que: "A menos de tres años después de la abolición de los campos de horror nazis, existen hoy más hombres, mujeres y niños en las prisiones políticas y en campos de concentración que en cualquier otra época de la historia humana. Un estudio cuidadoso, recientemente completado, revela que debe de haber en todo el mundo hasta quince millones de personas alojadas en campos de prisión. La gran mayoría de las personas detenidas son inocentes, de acuerdo con cualquier norma de derecho criminal. Su único delito es la oposición frente a una camarilla dirigente. Esos prisioneros no están todos en Rusia. Las cifras de referencia fueron tomadas de diecisiete países diferentes, incluyendo Norte y Sudamérica". Estas son evidencias de una lucha que continúa fuera de los campos de batalla.

Justamente vemos hoy cómo el comunismo ruso se ha colocado en línea de batalla contra el resto de la humanidad. Una lucha permanente tiene lugar en el campo ideológico. En consecuencia, el resto de la humanidad está obligado a unirse para protegerse contra la intromisión furtiva de esa fuerza. Si no hubiera sido por la bomba atómica en poder de las potencias occidentales, Europa estaría sometida al poder comunista, probablemente desde 1947. Al promover esa lucha permanente encaminada a someter a los demás pueblos a su dominación, Rusia logró unir a los países que se encuentran fuera de las fronteras soviéticas. Y no se advierte la terminación de tal contienda. La amistad con el pueblo ruso sería posible, si no fuera por el hecho de que ese pueblo no es libre de cultivar la amistad. Se encuentra fiscalizado por una jerarquía de funcionarios comunistas que no quieren la amistad con el resto del mundo. Tal amistad significaría que los rusos podrían visitar otros países y la gente de otros países podría

visitar Rusia. Si ello fuera posible, como lo es en otros países, el mundo tendría acceso a los hechos ocultos de la vida rusa y los rusos podrían visitar esos países y advertir que sus maestros y dirigentes les habían engañado acerca de las condiciones existentes en el exterior. Ello significaría el hundimiento de la clase dominante en Rusia; por consiguiente, la amistad con los demás países es algo que los gobernantes rusos no pueden permitir. La esperanza está en que esa nación no madurada llegue a ser dueña de sí misma, a través del colapso de su autocracia. Los pueblos sometidos a servidumbre no deben desaparecer. Es la servidumbre la que ha perecido con el andar del tiempo.

El método cooperativo elimina la lucha económica de competencia entre los individuos, crea un sentimiento superior de fraternidad humana, destruye las barreras interraciales, se opone a los poderes expansivos del gobierno y contribuye de ese modo a la prevención de la guerra permanente en los negocios y en las ideologías. No puede haber paz política sin paz económica. La paz política y la guerra económica son incompatibles, pues la guerra económica lleva a la guerra política. Las hostilidades en el terreno de los negocios producen las hostilidades intergubernamentales. La eliminación de la hostilidad en los negocios es un rasgo peculiar del sistema cooperativo. La eliminación de la gran causa de guerra es el resultado peculiar de la cooperación.

NATURALEZA DE LA GUERRA

La guerra es una empresa de carácter político. Son los gobiernos quienes la hacen, actuando generalmente por mandato de intereses económicos que creen obtener ventajas por medio de la guerra. Entre sus víctimas se cuentan los soldados. Lo que éstos han sufrido constituye uno de los capítulos tristes en la historia del martirologio humano.

Las masas del pueblo no desean la guerra. Antes que ella se produzca los pueblos esperan y reclaman paz. Entonces entra en acción la máquina de propaganda de los gobiernos. La radio, la prensa, la escuela y el púlpito se ponen al servicio de la misma, cual baterías de artillería destinadas a quebrar la resistencia popular contra la guerra. Se fabrica deliberadamente un sentimiento bélico. Trátase de un producto artificial. Pero llega un momento en que la masa lanza gritos en favor de la guerra y los gobiernos van hacia la guerra con el respaldo del pueblo, que parece inconsciente del programa que se le ha hecho patrocinar.

Crímenes que los individuos no se atreven a cometer; asesinatos premeditados y en gran cantidad de hombres, mujeres y niños; incendios, violaciones, rapiñas, embustes, torturas y bestialidades que los propios brutos no cometerían, son todos promovidos por los mecanismos de la guerra. La guerra trae el enriquecimiento de los avaros, favorece la corrupción política y hace elevar sobre la nación a una nueva cepa de militaristas que exaltan las glorias bé-

licas, que influyen en la vida pública y que buscan privilegios a costa de los demás ciudadanos.

Finalmente, se presenta la factura que debe pagarse: un pesado fardo que el pueblo soportará por largo tiempo. Ese fardo hace aumentar el costo de las mercancías; vuelve inaccesibles para futuras generaciones las cosas esenciales para la vida; con su deprimido nivel de existencia mata a millones de criaturas que en su ignorancia bendicen con su hálito postrero a los propios agentes de su ruina. Detrás de la guerra se encuentra siempre la figura siniestra de su hacedor; un gobierno político, culpable ante los ojos de la justicia.

La guerra es evitable. Si las naciones se rehusaran a hacerla, no habría guerra. Así, no habría habido guerra chino-japonesa en 1939, si los chinos se hubieran negado a pelear. Si Grecia hubiera cedido ante Italia, la guerra entre esos países habría sido evitada. Los países que no resistieron la invasión nazi evitaron la guerra. Esto significaba dominación por los más fuertes y brutales. ¿Habría sido finalmente mejor ceder ante la fuerza, con la esperanza subsiguiente en una victoria evolutiva de la razón y la justicia? Esto es algo más que una cuestión académica, pues hay ejemplos en la historia en que la virtud triunfó finalmente sobre la violencia. La impaciencia de los hombres y la tendencia natural a resistir con la fuerza al poder malvado, determinan la colisión de fuerzas. Se ha dicho que el vicio inicia la guerra y que la virtud lucha en su defensa; sin la virtud no habría guerra: sólo habría amos y esclavos. Ello dista mucho de ser cierto. En realidad, el vicio lucha con el vicio, de modo que la parte más viciosa inicia la contienda y la menos viciosa contesta con la defensa. Y así *ad infinitum*. El problema habrá de ser resuelto eliminando los vicios que producen el ataque.

La paz con justicia será asegurada cuando ninguna nación ataque a otra. La paz exige condiciones en las cuales nación alguna pueda ser impelida a ser agresora. Tal situación podrá lograrse suprimiendo las causas de agresión.

Muchas virtudes deberían tener los gobiernos para compensar los males de sus guerras. Entre esos males se hallan las alteraciones de la historia y la consiguiente falsa información que el pueblo recibe acerca de la naturaleza de las guerras en las cuales diversas naciones han estado envueltas. Una sucesión de generaciones crecen en la ignorancia de los errores de sus gobiernos.

La guerra no termina con la guerra. En 1950, en el quinto año después de la segunda guerra mundial, hay en el mundo doble número de hombres bajo las armas que en 1937. Y cuarenta importantes naciones gastan por año 10.000 millones de dólares más que antes de la guerra. Esto ocurre a pesar de la desaparición de Alemania, Italia y el Japón como potencias militares. Las citadas cifras están aún lejos de la realidad, pues los gastos militares se mantienen ocultos. Una gran parte de la preparación militar se manifiesta en la búsqueda y construcción de campos secretos, en la construcción de bombas atómicas. de armas bacteriológicas, de aeroplanos, de equipos de radar, de proyectiles dirigidos y de armas inéditas.

La guerra es el fenómeno embrutecedor de la historia. Egipto, Persia, la India y otras cunas de la civilización humana estuvieron llenos de guerras. Los judíos, como lo registra el Antiguo Testamento, vivieron en medio de una serie de guerras. Los cultos religiosos combatían a otros cultos religiosos, hasta que la razón prevaleció y los pueblos tomaron menos seriamente a sus dogmas. Cristianos y mahometanos combatieron en sangrientas guerras durante 637 años (634 - 1271). Entre 1096 y 1270 siete ejércitos de cruzados cristianos marcharon a través de Europa para atacar a los sarracenos. Luego vinieron cien años de guerra entre católicos y protestantes (1522-1622). La guerra de los Treinta Años (1618-1648) comenzó como guerra religiosa.

La guerra ha sido bastante constante durante la Era Cristiana. Entre 1480 y 1941 las principales naciones estuvieron envueltas en guerras en gran parte de ese lapso: Gran Bretaña, en 78 guerras; Francia, 71; España, 64; Rusia, 61; Austria, 52; Turquía, 43; Suecia, 26; Italia, 25; Ho-

landa, 23; Alemania, 23; Dinamarca, 20; China, 11; el Japón, 9. (*Study of War*, por Quincy Wright). El profesor Wright acredita a los Estados Unidos de América 13 guerras, pero el Departamento de Guerra de los Estados Unidos registra 110 guerras combatidas contra las naciones indígenas solamente.

La guerra en Oriente, que continúa en 1950, comenzó en China. China ha tenido una guerra civil casi ininterrumpida desde 1899. El movimiento de los boxers fué dirigido contra Gran Bretaña. Empezó con la Guerra del Opio, impuesta a China por la determinación británica de obligar al gobierno chino a permitir la importación y el uso del opio de producción británica. Un estudio sobre la naturaleza de la guerra demuestra su relación con los intereses de lucro.

Suele aducirse a menudo que la guerra no puede ser abolida porque ella "está en la naturaleza del hombre". Pero sea cual fuere la naturaleza humana, es susceptible de sufrir cambios. Hace cien años, la naturaleza del hombre era de morir a un promedio de 22 años. Hoy, ella ha cambiado de tal modo que el promedio de vida es de 64 años. Esto constituye un gran cambio en nuestra naturaleza. Antes, los hombres morían por millares de plagas; la fiebre amarilla, la tifoidea, etc. Pero la práctica de métodos sanitarios ha hecho que ya no se sufran tales plagas. En Escandinava ha sido abolida prácticamente la miseria, considerada en un tiempo como un estado normal del hombre.

La guerra es tolerada y mantenida porque se cree que ha de traer la paz. Pero la guerra trae la guerra. Los pueblos mantienen tiempre la ilusión que significa el pelear para evitar la guerra, cuando debieran promover la paz. Los jefes estatales en guerra tratan de justificarse como forjadores de la paz, cuando en realidad son hacedores de guerra. Examinad los resultados de la mayor parte de las guerras anteriores y descubriréis las simientes de la próxima guerra. Las naciones occidentales, en la segunda guerra mundial, estipularon las condiciones necesarias para

garantizar la paz y la democracia. Lograron una victoria militar completa. La victoria aumentó la pobreza, el hambre, la escasez, el temor, el odio, el militarismo, los conflictos militares y llevó a dos de los aliados al borde de la guerra entre sí.

Al final de la segunda guerra mundial, los Estados Unidos entraron en el período de paz con una armada que poseía cinco veces más tonelaje que al principio de la guerra. Por primera vez en la historia, aparecía como la mayor potencia naval del mundo: disponiendo de una marina de guerra superior al conjunto de las marinas de todas las demás naciones. Hay una intención expresa de mantener ese poderío.

La guerra se convierte en un hábito. El hábito se manifiesta en la glorificación de las armas y de los hechos bélicos. Las placas de bronce, los pergaminos de los héroes, las condecoraciones y las medallas, los juguetes militares para los niños, el "Día del Ejército", el "Día de la Armada", las historias y las películas de guerra, las fortunas obtenidas de la guerra, la creación de un culto del soldado, todo eso trabaja en favor de la guerra. Millones de personas dependen de la guerra y de la preparación de guerra en lo que atañe a medios de subsistencia. La guerra alivia la desocupación y las depresiones capitalistas Y estas circunstancias fomentan la guerra.

La guerra favorece el culto de lo militar. Generales y almirantes, séanos permitido afirmarlo, no desean la guerra, pero desean la preparación para la guerra; y esta perspectiva es una segura garantía de guerra entre naciones que son presa de una aguda competencia por el comercio exterior, con naciones que ellas creen poder derrotar.

Todas las naciones importantes poseen un departamento de guerra, si no varios, con un ministro al frente. Esos departamentos emplean millones de personas. Requieren un personal enorme para integrar sus estados mayores, sus ejércitos, marinas, arsenales, fuertes, campos y escuelas militares. La guerra y los trabajos de guerra se han transformado en las más costosas funciones de los gobiernos políticos.

Cuando se examina la historia, es difícil econtrar una guerra que fuera justificable o aun que haya sido provechosa. Las naciones guerreras del mundo tienen una larga lista de faltas por las que deben responder. Los gastos, las pérdidas en dinero, en propiedades, en vidas y en lo moral, exceden todas las ventajas. Es difícil establecer una distinción entre naciones agresoras y naciones que actuaron defensivamente. Desde un punto de vista militar, la nación que quiera defenderse encontrará preferible atacar al agresor antes que éste descargue el primer golpe. La táctica militar aconseja no esperar a que el agresor haya conducido sus ejércitos hasta la frontera, realizado sus preparativos de ataque e iniciado la invasión. La nación colocada a la defensiva realiza el primer ataque. De acuerdo con la moderna teoría militar, los ejércitos actúan en sentido defensivo y las guerras son iniciadas y llevadas adelante con propósitos de defensa .La invasión alemana de Escandinavia y de los Países Bajos fué hecha ostensiblemente para proteger a Alemania de Gran Bretaña. El almirante Halsey, de la marina de guerra de EE. UU., dijo ante el senado norteamericano: "Queremos ganar las guerras y queremos combatir en territorio enemigo. Esto nos da un espíritu de invasión". Los defensores, con unción moral, inician las guerras.

Las contradicciones en el idealismo bélico son pruebas de su locura. Durante el primer año de la guerra chino-japonesa, el gobierno de los Estados Unidos ayudaba al gobierno chino con municiones y dinero, en tanto que empresas comerciales estadounidenses, con ayuda del gobierno, abastecían a los japoneses de material de guerra. Esto ocurrió después que el gobierno norteamericano hubo ayudado a los japoneses a apoderarse de Manchuria, que fué realmente el comienzo de la guerra. Mussolini exclamaba: "Nosotros representamos un principio nuevo en el mundo; representamos la plena antítesis de la democracia. La democracia es un cadáver putrefacto. El fascismo será una fuerza impulsora de la civilización. El no cree que una paz duradera sea útil ni posible". Mientras decía esto,

las esferas capitalistas norteamericanas, británicas y francesas, con la aprobación de los respectivos gobiernos, le proveían de millones para que pudiera llevar adelante su guerra contra la democracia. Tanto Mussolini como Hitler fueron exaltados por grandes hombres de negocio norteamericanos, quienes los declararon representantes de los ideales que el mundo más necesitaba. Todo eso parece hoy increíble. Los hombres de negocio tratan de olvidarlo, pero es terriblemente cierto. La guerra produce una declinación especial de las fibras morales e intelectuales entre los hombres que hacen y dirigen la política de los países. La competición por altos puestos afecta a generales, almirantes y políticos en un grado mayor que en tiempo de paz. Afortunadamente, entre las masas del pueblo prevalece cierto grado de buen sentido que permite tener esperanzas.

La guerra opera un cambio extraño en la psicología de los vencedores: justifica sus crímenes. A los jefes de los países occidentales no les hubiera gustado comparecer ante un tribunal del Eje, para ser juzgados y condenados por sus muertes, si las naciones del Eje hubieran ganado la guerra.

"Hemos fusilado prisioneros a sangre fría, hemos barrido con hospitales, hundido botes salvavidas, hemos muerto o maltratado a civiles enemigos, rematamos a enemigos heridos, arrojamos a los moribundos en una fosa junto con los muertos y, en el Pacífico, hervimos cráneos enemigos para fabricar adornos para las novias y elaboramos corta papeles con huesos humanos. Culminamos nuestros bombardeos y nuestros incendios de poblaciones enemigas arrojando bombas atómicas sobre dos ciudades casi indefensas, alcanzando así el más alto coeficiente de asesinato instantáneo y en masa." (Edgar L. Jones, veterano de guerra, en el *Atlantic Monthly*, febrero 1946).

Ese fenómeno peculiar llamado patriotismo es fomentado por la guerra. El patriotismo no se limita a aprobar todo lo que se refiere al propio país, sino que tiende a despreciar a otros países. Según su estimación, un conjun-

to de individuos es bueno y otro conjunto de individuos necesariamente malo.

Se habla de la guerra y de la preparación para la guerra, o se planean ambas, no sólo como si fueran inevitables, sino hasta necesarias. Si los gobiernos quisieran podrían hacer que la pelea entre masas humanas fuera ilegal, como lo es la pelea entre individuos. La guerra puede ser eliminada de los métodos para resolver problemas colectivos. Si las naciones del mundo lo quisieran seriamente, podrían unirse y establecer en conjunto las leyes pertinentes. Si no lo hacen, es porque algunas cuentan con la guerra como medio de resolver algunos problemas de la paz.

En lugar de planear la prevención de la guerra, prevalece la idea de transigir con ella y prepararse para su advenimiento. Los negocios, especialmente en lo que concierne a los fabricantes, trazan esmerados planes de "traslado subterráneo". Se trata de colocarse fuera del alcance de los bombardeos. Naturalmente, tales refugios no podrán lograrse, pero los fabricantes toman en serio ese intento de escapar de un ataque que se presume inevitable. El valor de las acciones de ciertas empresas es afectado por la vulnerabilidad de las mismas a los bombardeos. El hecho interesante es que se emplea mucha inteligencia en el propósito de rehuir las bombas de una potencia hostil, en tanto que las mismas personas afectadas aplican poca o ninguna inteligencia en la prevención de la próxima guerra. El sistema del lucro egoísta, provocador de guerras, no sólo se concentra en el mantenimiento de las condiciones actuales, propicias a crear conflictos, sino que es completamente estéril en cuanto a recursos para la prevención de la guerra. Bajo el sistema económico vigente esa prevención es muy difícil.

Es un hecho histórico característico que el mismo tipo de hombres, a menudo incluso los mismos hombres que establecieron los términos de la paz y la reconstrucción después de una guerra, se encuentren cumpliendo igual tarea en la guerra siguiente. Ello conduce a una guerra

subsiguiente. La experiencia no parece enseñar a los hombres que se requiere un modo diferente de encarar el problema. Los métodos antiguos son ineficaces.

De acuerdo con nuestras declaraciones públicas, las naciones occidentales combatieron en la segunda guerra mundial para hacer que el mundo sea mejor; pero íntimamente, en nuestros corazones, luchábamos para que el mundo siguiera tal como estaba. Era un mundo propenso a hacer guerras. Ganamos una guerra para promover más guerras.

En la segunda guerra mundial, la idea fascista apareció como el elemento perturbador y dió carácter particular a la guerra. Hubo dos factores que contribuyeron al surgimiento del fascismo y del nazismo. Carlos Marx y sus secuaces, a mediados del siglo XIX, obligaron a Bismarck a promover en defensa propia el estatismo, a modo de gran benefactor social. Esos dos elementos opuestos —marxistas y bismarckianos— fomentaron la expansión del Estado como una panacea para los trabajadores. Bismarck hizo extender las funciones del Estado para evitar que los socialistas lo hicieran primero. El pueblo, especialmente en Alemania, pensó y actuó en el sentido del estatismo. Los demás países europeos siguieron igual tendencia. El gobierno centralizado, que colmaría de mercedes al pueblo, llegó a ser un ideal. Esa psicología estatista predominante hizo posible que Hitler y Mussolini reunieron a grandes masas bajo sus estandartes. Una propaganda socialista de cien años culminó en Italia y en Alemania en fascismo y nacional socialismo. El Estado autoritario desarrolla, naturalmente, individualidades autoritarias. La centralización promueve más centralización. Para un jefe autocrático puede ser fácil mantener a su país al margen de la guerra, pero igualmente le es fácil lanzar al país a la contienda. Si sus intereses pueden ser favorecidos por la guerra, llevará al pueblo a la guerra. También puede decirse que la democracia va a la guerra cuando el pueblo cree que sus intereses serán beneficiados por la guerra.

La guerra destruye las libertades civiles. El funciona-

rismo debe ser exaltado; el sistema militar de órdenes que se dictan desde arriba y que los de abajo han de obedecer sin reflexionar, prevalece forzosamente; las libertades civiles del individuo deben sacrificarse ante lo que se considera una causa superior, bajo el pretexto de unir al pueblo patrióticamente detrás de su gobierno, a fin de propulsar la guerra. Un pueblo en guerra es un pueblo aterrorizado, a quien se restringe los derechos civiles hasta su anulación.

La guerra fomenta el imperialismo. Los vencedores llegan a ser imperialistas, a causa de los territorios puestos bajo su mandato, de las ventajas económicas que significa el incluir nuevos pueblos dentro de su órbita comercial, de las bases que necesitan para protegerse de enemigos creados por la guerra, y a veces de... sus antiguos aliados. Después de cada guerra de la que los Estados Unidos salieron victoriosos, agregaron nuevo territorio a su ya vastos dominios.

El hombre común debería observar a su gobierno y apreciar la sinrazón de éste bajo la influencia de la guerra. ¿Qué pensaría ese hombre común de un ciudadano que adorna su patio con estatuas de hombres que se han distinguido matando a otros seres y que a su vez cometió robos, asesinatos, incendios y le dió a eso el nombre de virtud; que proveyó de prostitutas a sus servidores masculinos; que fué tan inepto que no pudo convivir con sus vecinos y que invirtió en municiones el 78 por ciento de sus entradas?

El absurdo de la guerra queda demostrado por la volubilidad de las naciones en sus alianzas y sus enemistades. Todo ahí es veleidad y sinrazón. He aquí el extracto modificado de un cuadro preparado y publicado en 1944 por "*The Peace Now Movement*" (Movimiento por la Paz Inmediata):

¿Debemos repetir la locura del pasado?

1755—EE. UU. amaban a los británicos y odiaban a los franceses.
(Guerra con los franceses y los indios).

1776—„ „ amaban a los franceses y odiaban a los británicos.
(Revolución Norteamericana).
1799—„ „ odiaban a los franceses. (Batallas marítimas con Francia).
1812—„ „ amaban a los franceses y odiaban a los británicos.
(Guerra de 1812).
1846—„ „ amaban a los sureños y odiaban a los mexicanos.
(Guerra mexicana sobre Texas).
1861-1864—odiaban a los sureños y a los británicos.
(Guerra civil. Ayuda británica al Sur).
1898—EE. UU. odiaban a los españoles. (Guerra hispano-americana).
1899—„ „ odiaban a los chinos y a los filipinos. (Conquista de las Filipinas).
1900—„ „ amaban a los japoneses y odiaban a los chinos. (Levantamiento de los boxers en China).
1904—„ „ amaban a los japoneses y odiaban a los rusos. (Guerra ruso-japonesa).
1914—„ „ amaban a los japoneses y a los rusos. (Aliados en la primera guerra mundial).
1914—„ „ odiaban a los mexicanos. (Desembarco naval en Veracruz).
1914—„ „ amaban a los británicos y franceses y odiaban a alemanes y austríacos. (Comienzo de la primera guerra mundial).
1915—„ „ amaban a los italianos. (Italia adhiere a los aliados).
1916—„ „ odiaban a los mexicanos. (Pershing invade a México).
1917—„ „ amaban a los japoneses y a los chinos. (Aliados en la primera guerra mundial).
1918—„ „ amaban a los italianos y odiaban a los rusos. (Tropas estadounidenses invaden a Rusia).
1927—„ „ amaban a los japoneses y odiaban a los chinos. (Estados Unidos bombardea a Nanking).

1935—„ „ odiaban a los italianos. (Italia invade a Etiopía).
1936—„ „ amaban a los chinos y odiaban a los rusos. (Los comunistas despojan a China).
1939—„ „ amaban a británicos y franceses y odiaban a alemanes y rusos. (Comienzo de la segunda guerra mundial).
1939—„ „ amaban a los finlandeses y odiaban a los rusos. (Rusia invade a Finlandia).
1941—„ „ amaban a los rusos y odiaban a los finlandeses. (Rusia lucha contra Finlandia y Alemania).
1941—„ „ amaban a los filipinos y odiaban a los japoneses. (Segunda guerra mundial).
1941—„ „ amaban a británicos, chinos, holandeses, rusos, y odiaban a alemanes, italianos y japoneses. (Segunda guerra mundial).
1942—„ „ amaban a ciertos franceses y odiaban a otros. (Repudio al régimen de Vichy).
1942—„ „ amaban a los mexicanos y a otros latinoamericanos. (Aliados en la segunda guerra mundial).
1943—„ „ amaban a los chinos y trataban de amar a británicos y rusos.

1948—„ „ aborrecían a Rusia y eran aborrecidos por muchas otras naciones. Esto a pesar de haber los Estados Unidos enviado socorro caritativo a los países en desgracia y a pesar de que su presidente había recomendado al Congreso una inversión de diecisiete mil millones de dólares en los tres años siguientes para ayudar a los países necesitados de Europa.

La guerra trae extraños compañeros de lecho... Los aliados victoriosos suelen dejar de ser aliados. La rivalidad en las glorias de la victoria y los desacuerdos en el reparto del botín producen enemistades entre los vencedores. Llenos de arrogancia y de complacencia moral, los vencedores castigan a los vencidos, quienes a su vez nutren rencor contra aquéllos. Los resultados son nuevas alianzas

y simientes de guerra. Constantemente se producen conflictos bélicos entre naciones que se creían amigas. Pretender luchar del lado victorioso es una ilusión; no se sabe cuál es el bando vencedor antes que sea demasiado tarde para decidirse. Y luego resulta que el bando vencedor se convierte en perdedor.

En tiempos de guerra, los gobiernos son vacilantes, confusos, inmorales e ineficientes. Se dice que las naciones occidentales ganaron la guerra en mérito de su eficiencia. Si en verdad hay tanta eficiencia ¿por qué no se empleó para prevenir la guerra? ¿Cuál es la naturaleza de la eficiencia gubernativa? Esas naciones fueron un instrumental para hacer la guerra. ¿Por qué hicieron la guerra que ganaron? Si fueron capaces de hacer la guerra y de ganarla ¿por qué los talentos así empleados no lo fueron para evitar la contienda? El costo habría resultado menor. Los individuos son menos vacilantes, menos confusos, menos inmorales, menos ineficientes. Un hombre que se condujera a semejanza del gobierno sería considerado como una criatura extraña.

Así como la guerra promueve la destrucción y el pillaje, así también fomenta la deshonestidad y la degradación moral. En 1941, los jefes militares de los Estados Unidos y de Gran Bretaña proclamaron la Carta del Atlántico, exponiendo los principios que debían guiarlos en la conducción de la guerra. Tales principios estipulaban: "Primero, estos países no persiguen el engrandecimiento territorial o de otra índole. Segundo, no desean cambios territoriales que no concuerden con la voluntad libremente expresada de los pueblos afectados". En tercero, cuarto, quinto y más apartados, proclamaron su devoción al principio de autogobierno de los pueblos, así como a la paz "que aportará la seguridad de que todos los hombres en todos los países podrán vivir sus vidas, libres de la necesidad y del temor".

Tan pronto como esos principios fueron enunciados, las naciones proponentes se dedicaron a violarlos uno por uno, hasta que la carta fué hecha trizas, y quedó de ella apenas algo más que el Atlántico.

La naturaleza de la guerra encierra el fracaso. Todas las naciones que surgieron como conquistadoras pretendiendo obtener la dominación mundial, cayeron, fallando en sus propósitos. Ello comprende una larga lista de países desilusionados, que alguna vez se creyeron invencibles. Entre ellos se cuentan Egipto, Babilonia, Persia, Grecia, Roma, Suecia, Francia, España, Portugal, Holanda, Italia, Alemania y últimamente Gran Bretaña, que siente hoy la angustia de perder su amplio imperio mundial y de quedar confinada a unas pocas islas situadas en el Atlántico Este.

En 1775, Benjamín Franklin publicó un conjunto de "Reglas por las cuales un Gran Imperio puede reducirse a uno pequeño". Esto ocurrió poco antes de que las Colonias Americanas declararan su independencia de Gran Bretaña. Al cabo de un siglo y tres cuartos, Gran Bretaña pone en práctica la fórmula de Franklin y está a punto de convertirse en una nación pequeña. Las guerras fueron el principal medio para llegar a ese fin. Se ha dicho que las guerras crean las naciones. Está visto que también las destruyen.

La guerra representa una violación del método cooperativo. Se podrá replicar que el pueblo se liga cooperativamente para defenderse de un enemigo. Lo mismo ocurre en el ataque. Hay acciones defensivas fuera del campo de la guerra: defensa contra inundaciones, incendios, plagas, sequías y otras calamidades. Pero en esos casos de defensa no militar, el pueblo actúa en conjunto democráticamente. Sin democracia no hay cooperación. La guerra, como empresa militar, se burla de la democracia. La democracia es enemiga de la guerra y de su puesta en escena. Allí donde prevalece la democrática voz del pueblo, el peligro de guerra es mínimo. Cuando comienza la guerra, su dirección requiere como acción inicial la abrogación de la democracia. Un gobierno que desea la guerra comienza por convertirse en autocrático. Puede actuar entonces sin la interferencia del pueblo. Su máquina de propaganda entra en acción. Se persigue a la oposición por antipatriótica y finalmente por sediciosa. Se despoja

progresivamente al pueblo del derecho de opinar. La cooperación desaparece, pues cooperación es democracia.

En la conducción de la guerra, el principio dominante es la autocracia. El ejército es gobernado autocráticamente. El soldado hace lo que se le manda. Una sociedad inspirada por el idealismo cooperativo sería la menos adecuada para hacer la guerra. Sería el tipo de sociedad más calificado para mantener la paz y determinar la justicia y la democracia.

CAUSAS DE LA GUERRA

Las grandes guerras son hijas del Estado político. El Estado necesita a menudo los instrumentos de guerra, las posibilidades de guerra y a veces la guerra misma, a fin de unificar y consolidar al pueblo en su sumisión al aparato estatal. Los intereses de la propiedad, en ciertas coyunturas económicas, apelan al Estado en procura del recurso guerrero para resolver problemas de otro modo insolubles. Estos problemas radican en el terreno de los negocios donde se procura ganar poder y provecho. Así la institución política, el Estado, sirve a fines económicos, por medio de su instrumento de fuerza, el gobierno. Las presiones económicas sobre el gobierno engendran la guerra; pero las condiciones económicas no son de por sí causas de guerra. Hay factores concurrentes que se combinan con las causales económicas.

Un motivo de guerra puede encontrarse en la falta de inteligencia por parte del sector prominente de la sociedad, ese sector dirigente que produce la guerra y que tiene el poder de evitarla. La inteligencia es una facultad que permite aprender y comprender, poseer sagacidad e información y emplear esas cualidades para el bien general. La ausencia de comprensión sobre la naturaleza de la guerra, la falta de sagacidad y una información deficiente acerca de los costos y las consecuencias de la guerra, por parte de los dirigentes políticos, militares y económicos, hacen la guerra posible. Determinado grado de comprensión, de sagacidad y conocimiento hará la guerra imposible.

La guerra es un asunto de acción recíproca. Su causa puede estar en la falta de inteligencia, en una de las partes o en las dos. Ella no ocurre cuando ambas partes poseen un nivel adecuado de inteligencia. La falta de inteligencia se manifiesta en la determinación de atacar, en la determinación de defenderse o en ambas.

La guerra no surge toda armada de los ijares de Marte. La producen hombres que, por voluntad o accidentalmente, se hallan en posiciones de dirección e influencia. Si esas personas son ineptas en su capacidad de pensar, si están poseídas por la codicia, por el deseo de poder, por odios, temores, afanes de venganza, si tienen nociones exageradas sobre sus propias virtudes y las de su patria se convierten fácilmente en promotores de guerras. A menudo pertenecen a un tipo común de personalidad mediocre. Creen firmemente en la superioridad de las condiciones que les permitieron ocupar puestos de espectabilidad e influencia; y quieren luchar o, más bien, hacer que otros luchen, para mantener el buen tiempo viejo. El adulto normalmente maduro, no solamente sabe que se producen cambios en la sociedad, sino que cree en la necesidad de promover el cambio, de moldearlo y dirigirlo en la mejor dirección posible. El mediocre reaccionario le calificará de extremista y le hará objeto de epítetos hirientes. Pero ese llamado extremista estará frecuentemente en favor de la paz, en tanto que el reaccionario promueve la guerra. Un elemento peligroso para la sociedad es esa buena gente que quisiera impedir el cambio cuando los tiempos están maduros para ello. Carece de la aptitud de colaborar con lo inevitable. Esa clase de gente estuvo en el poder y perdió la paz después de las dos guerras mundiales. Fueron capaces de restaurar las condiciones que existieron antes de esas guerras y que las hicieron posible. Cada una de esas guerras terminó con la victoria de las causas de guerra, cuando los tiempos clamaban por un cambio.

Los programas reaccionarios por parte de los gobiernos, estimulan naturalmente la *contrarreacción* extremista. Las Naciones Unidas, después de su victoria sobre las

potencias del Eje en 1945, al tratar con los países vencidos, otorgaron favores a los fascistas, nazis y militaristas que habían instigado a la segunda guerra mundial. En Alemania, muchos adeptos del régimen nazi fueron colocados en puestos públicos y los fascistas italianos fueron igualmente objeto de distinciones. En esos países, los no patriotas que habían combatido al fascismo y sufrido la prisión fueron a menudo ignorados en la reorganización operada por las Naciones Unidas. Como resultado de esa actitud propicia para nazis y fascistas, los comunistas llegaron a ser los voceros de la oposición. Gente que estaba por la democracia se acercó a los comunistas y el movimiento contra la reacción tomó un colorido comunista. Eso ocurrió notoriamente en Grecia, Italia, Alemania y Francia. Los motines y las huelgas dirigidos por los comunistas expresaban la revuelta contra la reacción. Si las Naciones Unidas hubieran mostrado mayor simpatía por los alemanes, italianos, griegos y franceses que habían ayudado a combatir el fascismo, tales demostraciones probablemente no se habrían producido. Demasiada simpatía hacia los fascistas y demasiado temor a la democracia han contribuído enormemente al desorden europeo que siguió a la segunda guerra mundial y desarrollaron las condiciones que propenden a provocar una nueva guerra.

Los reaccionarios del Japón, de China y Corea han sido sostenidos por los Estados Unidos. Así, los elementos más traidores, los menos dignos de confianza, fueron apaciguados, mientras aquellos que habían luchado por la democracia se vieron burlados. En Oriente, Estados Unidos se hizo impopular en los mismos países donde había combatido para liberarlos de la opresión japonesa, al financiar a los gobernantes fascistas y a los señores de la guerra. Se pretende que ello es necesario para combatir al comunismo. Cuando un movimiento en favor de la democracia atrae a los elementos de un país que lo han sacrificado todo en favor de esa democracia, y cuando dicho movimiento atrae también a los comunistas como elemento *minoritario*, esa infiltración comunista no justifica que

los Estados Unidos hagan causa común con los enemigos de la democracia, como ha ocurrido en China. El tomar partido en favor de un elemento malo para derrotar a un elemento bueno, mezclado con otro elemento malo, da lugar a la derrota de la paz. Es mejor tomar partido por las fuerzas democráticas y ayudar a éstas, teniéndolas separadas de los comunistas.

La solución de este problema fué siempre difícil. En esos países, muchos de los funcionarios que los habían administrado y que se hallaban entre los más capaces, resultaban ser fascistas o nazis. Hubo escasez de habilidad administrativa entre los pocos demócratas que habían luchado contra sus gobiernos, y fueron a los campos de prisión. Teóricamente, eran ésos los hombres a quienes los gobernantes victoriosos debían haber llamado para colocarlos en los puestos dirigentes, pero en general eran inadecuados para ello. Hay aquí problemas de paz.

La guerra tiene causas inmediatas y causas remotas. Las causas inmediatas se llaman "incidentes"; son los acontecimientos pequeños que parecen justificar el ataque y que están basados en las causas remotas. Estas causas remotas son las fundamentales. Y aquí chocamos nuevamente con la naturaleza de la guerra.

Este tema no encierra un misterio insondable. Sólo que es mal comprendido. Las personas religiosas se inclinan a suponer que la guerra se hace por hombres malvados. Pero la guerra se hace también por hombres buenos. Son malos para el enemigo. Léase lo que los británicos dijeron acerca del malvado Jorge Wáshington y del perverso Abraham Lincoln. Los hacedores de guerras resultan siempre malos cuando son derrotados. Los hombres buenos ganan las guerras. La victoria los hace buenos. Hitler era bueno para sesenta millones de alemanes y para mucha otra gente, hasta el momento en que cayó. Fué adorado y reverenciado más allá de lo que corresponde a la bondad común. El creyó que actuaba en el interés del pueblo alemán y que su victoria redundaría en bien del mundo entero. Era un hombre piadoso, animado por una fuerte solicitud moral, pronto a dar su vida por la causa. Pero le faltaba inteligencia. Genghis Khan, Alejandro, César, Napoleón y otros guerreros, fueron impulsados por móviles fundados en el provecho de sus respectivos pueblos. Fueron buenos en tanto fueron victoriosos. El hacer que los hombres sean mejores no eliminará las causas de guerra hasta que no se dé un sentido distinto al concepto de lo mejor.

En el capítulo sobre "Capitalismo y lucro" hemos visto que la actividad comercial se cumplía en el mundo, no ya para satisfacer las necesidades de los hombres, sino para obtener la diferencia entre el precio de costo y el precio de venta. El mercado es el altar donde los hombres adoran. El exaltado afán de lucro trabaja por la guerra. El comercio con sus fines de ganancia es uno de sus factores básicos. La presente lucha económica, que coloca a individuos contra individuos y a naciones contra naciones, crea un mundo combatiente, donde los pueblos viven en medio de una llama de conflictos y animosidades. En el capítulo sobre "La guerra permanente" se ha visto cómo esa enorme lucha se desarrolla incesantemente, promovida en las escuelas de comercio, en la industria de la publicidad, en los desacuerdos entre empleados y empleadores, en la fijación de tarifas y en muchos otros artificios que expresan el ansia de los individuos y de las naciones por ser más que los otros, por obtener lo mejor, por sobrepujar a los demás en poder adquisitivo. Y aquellos que son sobrepujados y postergados son presa del diablo, que carga con ellos.

El sistema económico vigente ha llenado su misión, ha cumplido su curso y está declinando. Su declinación, en el marchar del tiempo, implica desorganización, fracaso económico, desempleo e incapacidad de los consumidores de conseguir las cosas que necesitan. La inseguridad, la desocupación y la pérdida de capital dejan a los hombres a la deriva, crean agitación permanente, descontento y aislamiento. Los hombres cortan sus amarras. Se hallan maduros para la conscripción, dispuestos a entrar en los

ejércitos. Dan la bienvenida a la aventura. Quieren algo nuevo y diferente.

Cuando los negocios mantienen su estabilidad, cuando hay seguridad de empleo, cuando el capital se siente firme, no se quiere la guerra: ella es casi imposible. Las guerras modernas surgen del malestar social, de las injusticias, de las desigualdades entre individuos y entre naciones, así como de la persecución del lucro.

Las conferencias de paz promovidas y organizadas por los gobiernos han demostrado ser ineptas. Hay una cuestión importante que no se plantea en esas conferencias: ¿Cómo podría hacerse un comercio internacional sobre base amistosa en lugar de la actual base de competencia? Es ésta la gran cuestión internacional. Ella no se plantea por las comisiones de paz creadas por los gobiernos, porque estos gobiernos son instrumentos de los negocios perseguidores de lucro y como tales sólo están dispuestos a discutir las cuestiones desde el punto de vista de la economía del lucro. Su deber consiste en mantener en acción ese sistema. Las mencionadas conferencias no se organizan realmente en interés de la paz, sino en interés de los negocios. Por consiguiente, no pueden arribar a la paz, porque la economía del lucro es la gran guerra. Y la paz no puede alcanzarse por organismos comprometidos a hacer marchar esa guerra permanente.

Esto debería ser comprensible hasta para el espíritu más simple. Desde que mucha gente se gana la vida y satisface sus necesidades por medio del sistema económico dominante, sus prejuicios y su supuesto interés personal les impiden ver el camino hacia la paz. Políticos y diplomáticos cierran el espíritu a la comprensión de tal camino. Los militaristas y todos aquellos que disfrutan de las ganancias del suministro de armamentos y del desarrollo de la guerra, no quieren una economía promotora de paz.

El sistema del lucro domina al comercio. Los peligros que se derivan de ese sistema son tan grandes que, en situaciones de emergencia, es necesario eliminarlo en grado considerable para poder afrontarlas. En tiempo de gue-

rra, los gobiernos deben incautarse de muchas industrias, para regularlas y fiscalizarlas. Si así no se hiciera, el ansia de lucro haría zozobrar la empresa. Los generales trabajan por un salario en lugar de ser pagados *per cápita* por sus matanzas, lo cual hubiera hecho que la guerra fuera aún más horrible y costosa.

En otros tiempos, la guerra se hacía por el pillaje y el saqueo. Prevalece aún la idea de que los robos pequeños consumados en época de paz son repudiados, mientras que los grandes robos, consagrados por el asesinato en gran cantidad, son gloriosos. Esto es lo que proclaman millares de estatuas de piedra y de bronce, erigidas en muchos países. Durante centenares de años, las guerras fueron promovidas por fanatismo religioso: cristianos contra mahometanos, católicos contra protestantes. Exceptuando los cultos religiosos de la India, el pueblo ya no lucha por la religión. Las guerras se hacen hoy bajo el pretexto de exaltar o defender una gran causa.

Puesto que la economía del lucro lanza a unos comerciantes contra otros, cuando el comercio es internacional, las hostilidades se producen por encima de las fronteras nacionales. La clase vendedora, trabada en los mercados internos, busca el comercio exterior. Para estorbar el comercio de los competidores extranjeros, se emplean tarifas que les impiden exportar. Los acuerdos bilaterales con los cuales dos naciones manifiestan una especial consideración recíproca, crean animosidades por parte de otras naciones, y las tarifas que acuerdan privilegios a determinadas naciones, como retribución de favores de esa índole, agregan complicaciones al comercio internacional y fomentan el antagonismo de las naciones excluídas de tales acuerdos. Todo eso se suma a las intrigas de la diplomacia internacional, y aumentan el recelo y la suspicacia entre los pueblos. La supresión de tarifas por la Organización Internacional del Comercio (International Trade Organization), inaugurada por los Estados Unidos, es un paso adelante hacia la eliminación de las causas de hostilidad.

La exportación se hace indispensable cuando la producción supera la capacidad nacional de consumo; y también cuando los consumidores nacionales son incapaces de adquirir aquello que, en su condición de trabajadores, han producido. La lucha por los mercados exteriores ha llegado a ser enconada. Los gobiernos, a requerimiento de los comerciantes, hacen todo lo que pueden para aumentar las ventas al exterior. A ese efecto, se mantiene un vasto sistema consular, se subvenciona la navegación y se ponen en juego otros procedimientos. Los cónsules extranjeros ayudan a su país, en competencia con otros países en el comercio exterior. Se requieren las armadas para proteger el comercio. Así se fomentan las rivalidades internacionales. Dos naciones que rivalicen entre sí por el dominio de los mares para favorecer su comercio exterior, se verán impulsadas a la guerra.

Allí donde hay menos contacto entre los gobiernos y mayor contacto entre los pueblos, hay menor proporción de eso que llaman diplomacia y un mayor grado de relaciones comerciales no políticas. Hace un siglo, las relaciones económicas privadas no se habían desarrollado hasta el extremo que en ese terreno caracterizó al período de grandes hostilidades que antecedió a la primera guerra mundial. En este siglo, los grandes negocios de importación y exportación olvidaron todas las normas del comercio amistoso. Es verdad que el comercio internacional crea amistad internacional. La gente que se ocupa en el mismo ramo de comercio, que compra y vende entre sí, para ventaja mutua, llega a ser amiga. Esto hace penetrar a los extranjeros en nuestra oficina, en nuestro hogar, en nuestro *country club* y promueve la buena voluntad internacional, en escala pequeña. Pero todo no marcha tan maravillosamente bien, pues por sobre este simpático grupo, hay otro que bebe *cocktails* mientras urde planes para apartar al primero de los negocios. Cada uno de esos apasibles grupos de grata cordialidad internacional posee diplomáticos en el campo económico internacional, los cuales conspiran a fin de obtener ventajas a costa de otros grupos

igualmente simpáticos. El hecho de que las animosidades sean ocasionadas por personas felices, no significa que quieran hacer felices a los demás. Muchas de esas cordiales conspiraciones ejercen finalmente su influencia sobre embajadas y gobiernos, ofreciendo su contribución a los factores que generan la guerra. En el comercio cooperativo, nadie trata de arrebatar el cliente a un tercero.

Junto con esos métodos dominantes en el comercio internacional, se produce el desarrollo de las colonias o su conquista militar, a fin de proveer clientes, contribuyentes y soldados. Y tan pronto una generación ha muerto y otra cosecha de soldados está disponible, se acude a la guerra para resolver las disputas comerciales o para intentar abrir nuevos mercados.

La búsqueda de fuentes de materias primas en países lejanos, lleva igualmente a la guerra. Cuando el cartel internacional del petróleo sobornó con riquezas fabulosas al gobernante de una nación oriental por el privilegio de explotar sus yacimientos petrolíferos, las naciones a las cuales se negó acceso a ese mineral formaron un grupo hostil y la aventura comercial se convirtió en causa de guerra. Luego siguieron la instalación de tuberías, las diferencias por el precio, las escaramuzas y las intrigas que agregaron fuego al combustible.

Las causas económicas de guerra actúan ampliamente a través de los organismos políticos. Ellas se encuentran no solamente en la lucha de competencia internacional, en el terreno de los negocios, sino en la posibilidad de lucrar con la guerra. Quítese a la guerra el incentivo del lucro y se le habrá asestado un golpe serio. En países mercantiles como los Estados Unidos, los hombres de negocios lucharán hasta sus últimos reductos por obtener ganancias de la guerra. Combaten por la guerra y hacen su agosto cuando la guerra llega. Las fortunas realizadas mediante la venta de armas y explosivos a las naciones beligerantes estimulan la preparación de guerras y las hacen prolongar. El *trust* internacional de armamentos, denunciado en el Senado de los Estados Unidos durante

la primera guerra mundial, consiste en grandes combinaciones industriales que crean hostilidades entre naciones a fin de provocar la guerra, con el solo objeto de obtener ganancias. El aumento de millonarios producido en los Estados Unidos por cada guerra en que este país estuvo empeñado, atestigua la explotación comercial de las guerras. El desenfreno del ejército y la marina en el derroche de los dineros del pueblo, las oportunidades que se presentan al favoritismo y al soborno, con sus extravagantes beneficios, hace que los hombres de espíritu monetizado admitan o aprueben la guerra. Los escándalos relacionados con todas las guerras han tenido una amplia publicidad. La guerra se hace popular por razones de lucro económico. Las naciones mercantiles luchan generalmente en el interés de las grandes empresas. "La guerra es una forma agravada de la competencia". Es "un concomitante inevitable de la expansión del comercio". El historiador Brook Adams escribió: "Ninguna raza dejó de tener expeditas sus principales rutas comerciales al precio de sangre."

En el comercio para el lucro, los barcos que cruzan el océano, llevando mercancías para la venta, conducen en su carga fuentes de rivalidades. El sistema basado en el afán de lucro, arroja en todas las latitudes la simiente que traerá cosecha de cadáveres.

La guerra suele ser causada por la animosidad de las naciones que no tienen contra las naciones que tienen. Estados Unidos posee 16 acres por habitante: Alemania tiene 1.8 acres; el Japón, 1.3 acres. Si Estados Unidos contuviera en su territorio toda la población mundial, sería tan densamente poblado como lo es el Japón. Las naciones superpobladas envidian a las que disponen de espacio holgado para su población y codician ese espacio. El ataque japonés a Pearl Harbor fué algo más que una agresión. Detrás de él estaba el ansia de un pueblo superpoblado, descontento, que buscaba un cambio, algo diferente. Ocurriera lo que fuere, no podía ser peor que la realidad. El pueblo japonés sostuvo su guerra, así como el pueblo alemán sostuvo las guerras de Hitler.

El temor es otro de los grandes factores bélicos. Cuando escribimos estas líneas, el temor constituye la base de la política diplomática internacional. Cada país teme a los demás. El temor impulsa a los temerosos a ser temibles; hace que los aterrorizados lleguen a ser terribles. El miedo a las naciones extranjeras promueve la fabricación de armamentos. El miedo a la competencia comercial impone medidas militares tendientes a detener la competencia. El miedo a la desocupación, a la enfermedad, a la pobreza, son otras tantas causas de guerra. Todo aquello que logre reducir el miedo será un agente de paz. El odio es hijo del temor.

Los odios raciales constituyen asimismo factores que contribuyen a la guerra. En el fondo de tales odios están las animosidades engendradas por guerras anteriores. Las enemistades históricas se han mantenido vivas a través de siglos de tradiciones de odio. Además de nutrirse en las guerras del pasado, ellas arraigan en las competencias mercantiles. En Palestina, árabes y judíos fueron estimulados por el gobierno británico en sus animosidades recíprocas y se hizo todo lo posible para impedir que esos pueblos se instalaran y desarrollaran industrias estabilizadas para satisfacer sus propias necesidades. Si hubieran llegado a ser *autosuficientes*, no habrían tenido que importar mercaderías fabricadas de las poderosas naciones mercantiles. En la India y en China, la industria fué sistemáticamente desalentada durante cien años. Las diferencias de razas y de religiones, la diversidad de simpatías y de aversiones, y las supersticiones populares, crean asimismo actitudes hostiles.

El patriotismo es el criado de Marte. Lo alimentan las clases reaccionarias que aman el *statu quo* y odian el cambio. En su acepción semántica, el verdadero patriota es aquel que trabaja por mejorar su patria, lo cual implica producir cambios, y no a mantenerla tal como es o como ha sido. El patriota conservador que favorece la guerra para mantener las cosas como están le ultrajará entonces aplicándole epítetos desagradables. Las consig-

nas del patriotismo están grabadas en los estandartes de los fautores de guerras.

El militarismo y la preparación militar tienden a la guerra. Soldados y cañones son instrumentos de guerra, y cuando más instrumentos de ese género posee una nación, es más segura su participación en la guerra. Unos Estados Unidos fuertes pueden estar a salvo de un ataque, pueden no desear atacar a otro país; pero podrán aliarse con otra nación que quiera ir a la guerra y serán arrastrados a ella, cuando probablemente no habría guerra si no existiera un país fuerte como Estados Unidos. La fortaleza militar forja la guerra.

La preparación para la guerra es el comienzo de la guerra. Nos preparamos para defendernos de otro individuo. Ese tal es un malvado. Con esos preparativos aparecemos a sus ojos como el otro malvado. Ese sujeto malvado somos nosotros. Cada cual debe fiscalizarse a sí mismo.

En el mundo de hoy, nadie puede estar seguro de no ser muerto por una bomba, pero cada cual puede estar seguro de que no matará a otro con ese instrumento mortífero.

Que cada uno trate de no empuñar los instrumentos de muerte y que procure ordenar las relaciones con los demás hombres utilizando los instrumentos del espíritu: la justicia, la verdad, la caridad, la comprensión. Entonces no tendremos a quién temer u odiar.

La guerra crea la guerra. Hace dos mil años, Quinto Curcio escribió, refiriéndose a Alejandro, lo siguiente: "Vuestras guerras son las hijas de vuestras victorias". La primera guerra mundial, con su tratado de Versalles, que impuso a los alemanes condiciones intolerables, fué la causa de la segunda guerra mundial. La invasión japonesa de Manchuria, en 1931, favorecida por Estados Unidos, fué una guerra que se prolongó en el Pacífico hasta la segunda guerra mundial. Esta última dió lugar a la guerra civil en China y en Grecia y puso en movimiento una serie de guerras en embrión. La segunda guerra mundial fué posible porque las naciones del mundo no tenían un programa para la paz; no sólo faltó una fiscalización internacional de las causas económicas de la guerra, sino que cada nación adoptaba las más peligrosas prácticas económicas.

Las causas de la segunda guerra mundial se remontan a una situación anterior a Hitler, a la primera guerra mundial y a las rivalidades entre Gran Bretaña y Alemania. Fué en cierto grado una respuesta a la necesidad de un cambio económico y social que se hizo sentir en todas partes. Los métodos vigentes habían caducado. El mundo entero, descontento con los viejos sistemas, deseaba y esperaba métodos nuevos. La inquietud, en un mundo de pueblos y naciones insatisfechos, engendra la guerra.

Entre las circunstancias que empujan a los gobiernos a la guerra, está el descontento que ellos no pueden mitigar. La disparidad existente entre los salarios y el costo de la vida y la inminencia de un colapso económico, son otros motivos de guerra. Frente al grave dilema que les plantea el descontento popular, los gobiernos resuelven la cuestión política lanzando su país a la guerra. Una vez tomada esa decisión, la propaganda asegura el resultado que ella persigue. Las inversiones que hace el gobierno dan la apariencia de prosperidad. La gran causa moral que toda guerra, sin exluir la más infame, pretende representar, unifica al pueblo detrás de sus gobernantes. La guerra es el perfecto regalo político en tiempos de descontento.

Sabremos que todas esas causas de guerra serán superadas cuando las naciones que fiscalizan la energía atómica estén dispuestas a publicar sus secretos y entregarlos a una Comisión de Energía Atómica de las Naciones Unidas. Cuando esas naciones empleen toda su energía en el empeño de construir y perfeccionar las Naciones Unidas y su Comisión de Energía Atómica, sabremos que el mundo se encamina hacia la paz. Cuando una nación que posee un alto galardón esté dispuesta a hacer participar de él a otras naciones, unidas en una alianza mun-

dial, tal como un hombre de ciencia participa de sus descubrimientos a otros hombres de ciencia, veremos la luz de la paz iluminar a este mundo ensombrecido. Pero, en cambio, se han hecho esfuerzos en el sentido de sacar la energía atómica del terreno de la neutralidad y ponerla en manos de militaristas y mercaderes. El éxito de tales tentativas sólo podrían traer desastres. La guerra y el lucro gobernarían el mundo.

En medio de esa tremenda lucha, el sistema cooperativo de economía introduce métodos y móviles distintos. Comienza con el individuo y lo compromete en una estructura económica cuyo propósito es el de rendir servicios. No se trata de quitar nada a nadie, sino de unir a los individuos en la ayuda mutua para el logro de lo que todos ellos necesitan. Tiende a unir al pueblo dentro de la comunidad en esa acción de mutua ayuda y a crear amistad y armonía entre los hombres. En el orden nacional, tiende a unir las sociedades y las empresas, no para competir entre sí, sino para ayudarse recíprocamente, para poner sus recursos unidos al servicio de todas, para buscar celosamente el éxito de cada sociedad cooperativa. En el orden internacional, la cooperación realiza una función similar. En ello reside su poder para la paz. La esperanza de un mundo pacífico depende de la cooperación internacional. No entiendo referirme aquí a hermosas palabras, teorías o ideales acerca de lo internacional. En este libro exponemos un método definido, específico y probado, mediante el cual podrá marchar la economía internacional. Es un método que ya actúa dentro de un mundo guerrero y que habrá de ser el método predominante en un mundo pacífico.

El sistema de economía cooperativa reduce el coeficiente de hostilidad entre los individuos y promueve la amistad. Por la misma razón, la cooperación tiene idénticos efectos cuando se aplica por sobre las fronteras. El comercio cooperativo es un comercio amistoso, pues en él nadie trata de quitar el cliente a no importa quién.

El comercio internacional sólo estará fuera de la zona

de peligro cuando descanse sobre una base cooperativa. Para ello se requiere que la economía cooperativa local se desarrolle hasta hacer posible la cooperación internacional. La eliminación de la lucha económica de competencia empieza con la creación de mejores vínculos de amistad entre vecinos, lo cual, a través del método cooperativo, se extiende hasta crear una mayor amistad entre naciones.

MILITARISMO

El militarismo convierte a la profesión de las armas en servidora suya, pero la profesión de las armas alimenta y promueve el militarismo. Corresponde a una formación del espíritu que juzga la guerra y la conquista como empresas nobles. Sostiene generalmente que la guerra es el estado natural de una sociedad progresista, que ella destaca las cualidades viriles de los hombres y que la paz fomenta la blandura y la decadencia. El militarista se cree un ser superior. Los grandes colegios militares enseñan a sus alumnos que ellos son mejores que los demás hombres y les hacen creer en esta ficción. El militarismo engendra el concepto de la superioridad nacional y juzga que los otros pueblos son inferiores. Esto conduce a una actitud de arrogancia, a la injusticia frente a naciones extranjeras y a su eventual opresión y explotación. El militarismo se basa en el uso de la fuerza y considera a la misma como una virtud indispensable en el trato con las naciones. Su método es el de negociar bajo la presión de la fuerza. Desplaza el sentimiento moral y, puesto que sólo puede ser vencido por sus propios métodos, promueve el militarismo en las demás naciones. El obliga a una nación a hacer frente a la otra con la fuerza, al militarismo con el militarismo. Finalmente se destruye a sí mismo, pues al intentar destruir a otras naciones inculcándoles sus cualidades propias, llega a verse atacado por las propias fuerzas que ha creado. El militarismo se halla siempre preparando la guerra, cuando la gran necesidad

es la de prevenir la guerra. No posee otros métodos de profilaxis que no sean los de la fuerza.

El militarismo es ya algo bastante serio, según la definición que de él hace el diccionario Webster: "Una disposición a mantener fuertes fuerzas militares". Llega a ser peligroso cuando representa "el espíritu y el temperamento que exalta como ideales las virtudes militares". Es fatal para cualquier pueblo en su tercera acepción, cuando llega a ser "el espíritu que tiende a conferir posiciones y privilegios indebidos a la clase militar".

La materia que se enseña en los colegios militares comprende la teoría y los métodos de la destrucción y del asesinato en masa. Es lo que se llama "la ciencia y el arte de la guerra". El arte del engaño, llamado "estrategia", forma una parte importante del aprendizaje militar. Es un aprendizaje que lleva a la glorificación de lo deshonesto. Ningún ejército y ninguna armada dejará de emplear el llamado "ataque por sorpresa". El "atacar por sorpresa" y el "engañar al enemigo" forman la base de la estrategia militar.

Las instituciones militares se empeñan en favorecer la expansión numérica de los soldados. El servicio militar obligatorio es uno de sus recursos. El presidente, los generales, los almirantes, los políticos y los diplomáticos de Estados Unidos demandan la preparación militar. Dicen que "unos Estados Unidos fuertes no serán atacados". Hablan como si ése fuera el modo de evitar la guerra. Puesto que las energías políticas y la mayor parte de las entradas del gobierno se dedican a la guerra o la preparación de la guerra, se presta relativamente poca atención a los medios pacíficos de evitar la guerra. Los políticos conducen los asuntos públicos como si disputaran por una operación difícil en una feria de caballos. Parecen no tener en cuenta que otras naciones tienen intereses en juego, no comprender que hay otras partes afectadas, no desear hacer concesiones ante un precio que se considera demasiado bueno, no pensar en amplios términos humanitarios, con la generosidad como sentimiento monitor. Prevalecen en cambio los métodos estrechos y mezquinos, sobre la base de regateos y argucias, los métodos propios del mercado. Y es en el mercado donde empiezan las guerras. Y sus métodos son peligrosos.

La preparación militar es mucho más causa de la guerra que guardiana de la paz. Las naciones que han estado mejor preparadas han hecho siempre la guerra. En 1945, Estados Unidos exhibió "la más impresionante demostración de poderío naval de la historia". Esa clase de exhibiciones fueron el propósito de los partidos de la guerra en Alemania, en Italia y en el Japón. Lo mismo, y aún más, hace el partido de la guerra en Estados Unidos. Los militaristas están obteniendo la dirección de los asuntos militares, que debieran estar bajo dirección civil. Adquieren también un poder dominante en la fiscalización de la ciencia. Van siendo todopoderosos en relaciones exteriores. Tienen una gran influencia en el cine y la radiodifusión. En la educación crece igualmente la influencia militar. Se solicita a los jóvenes, en lenguaje persuasivo, que ingresen en el ejército o la armada, a causa de las superiores ventajas educativas que en ellos se les ofrece. Centenares de tribunas y de púlpitos ocupan soldados y ex soldados que exaltan al ejército y a la armada como instituciones donde reina la justicia. Una poderosa camarilla militar influye sobre los miembros del Congreso de los Estados Unidos. En el Japón los militaristas hicieron todo eso insidiosa y gradualmente, hasta lograr su objetivo. Y llevaron su país a la guerra, en 1894, con China; en 1904, con Rusia; en 1931, en Manchuria; en 1937, con China, y en 1941, con los Estados Unidos.

Los militaristas tienen en este país una gran influencia y están tratando precisamente de hacer lo mismo que sus similares trataron y lograron hacer en el Japón antes de su ataque a los Estados Unidos. Por medio de la intriga, de falsa representación y con ayuda de un vasto mecanismo de publicidad, a través de la prensa, la radio y la pantalla, crean el temor de guerra y la fe en la necesidad de un gran ejército. Tienen un interés reconocido

en la guerra. Esta constituye su mercancía disponible. Fomentan el adiestramiento militar y hasta han logrado imponer una ley de conscripción en tiempo de paz. Federico J. Libby, del Consejo Nacional para la Prevención de la Guerra, ha demostrado que esa gente está respaldada por la gran industria aeronáutica, por la industria naviera, por los fabricantes de municiones, los banqueros de Wall Street, por la casta de oficiales del ejército a quienes "la guerra dejó encallados en las costas de la paz" y por los varios millones de personas cuyos empleos están vinculados con la guerra. Todos ellos propician métodos de guerra en la consideración de los problemas internacionales.

Teóricamente el pueblo mantiene la organización militar, bajo la forma de ejército y armada, para fines de protección. Ostensiblemente, el recurso militar es el que ha de usarse en último término. Pero el militar se apodera del escenario, lo proyecta hacia el frente y exige que sea empleado como primer recurso. Los militaristas pretenden que ellos pueden prevenir la guerra y mantener la paz. Esto lo harían al mismo tiempo que se hacen temer por otras naciones. En los Estados Unidos se dice: "Debemos hacernos tan fuertes que ninguna nación pueda atacarnos". Esto se anuncia como guerra preventiva. Rusia afirma: "Esto es justamente lo que hacemos nosotros". La política del poder significa una carrera armamentista entre las naciones, en que la paz es sólo una tregua armada y la guerra una perspectiva segura. Dad su oportunidad a los militaristas y la guerra será un hecho. La paz por la fuerza es una concepción deleznable, pues ambas partes no pueden ser al mismo tiempo las más fuertes. ¿Acaso la parte más fuerte guardará la paz? No; históricamente, la parte más fuerte siempre hará la guerra.

Entre los promotores del militarismo, se cuentan las organizaciones de antiguos combatientes. Esos veteranos, a quienes se podría suponer desilusionados de la guerra y el militarismo, mantienen vivo el espíritu militar. Favorecen el servicio militar obligatorio, si bien, por lo que a ellos mismos respecta, lo odiarían. Parecen deseosos de

hacer paladear a las jóvenes generaciones los sufrimientos que ellos soportaron antes.

El servicio militar obligatorio o "universal" en tiempo de paz inculca ideales militaristas en los espíritus jóvenes e impresionables. La vida cuartelera, la vida militar, coloca a los hombres en un ambiente moral e intelectualmente malo. La iniciativa, esperanza del individuo, es cosa suprimida. El hombre sólo hace lo que se le ordena. El ejército es la escuela que prepara a los hombres a seguir ciegamente a un "duce" o a un "führer". El individuo se hace irresponsable, en el sentido de que ignora la economía; el ejército se hace cargo de todas sus necesidades. El libertinaje recibe estímulo y la consideración personal, respecto a los valores de la propiedad llegan a un grado mínimo.

Las distinciones de clase perjudican a la democracia. El oficial y el soldado raso mantienen la antigua psicología que corresponde al amo y al esclavo. Las camarillas que se forman entre las diferentes clases de oficiales, tales como los del servicio activo y los de la reserva, las medallas con que una de esas clases premia a sus propios miembros, la insistencia de los oficiales por aumentar su crecimiento numérico, con fines de alcanzar promociones jerárquicas, todo eso actúa contra la democracia y extiende lo militar.

Gibbon, en su estudio sobre la *Decadencia y caída del Imperio Romano* (Capítulo V), dice: "Los más hábiles estadistas han calculado que ningún Estado puede mantener a una centésima parte de sus integrantes bajo las armas y en ociosidad, sin quedar rápidamente exhausto". El ejército y la armada de los Estados Unidos comprenden ya a un dos por ciento de su población y se preparan para duplicar esa cantidad. De acuerdo con Gibbon, o bien esta nación quedará pronto agotada o posee un poder de supervivencia que va más allá de sus cálculos.

El adiestramiento militar tiene sencillamente el propósito de inculcar a los hombres el espíritu militar e instruirlos técnicamente en los métodos de la violencia. Ese

adiestramiento, en relación con la próxima guerra, es algo incierto, si no fútil. Las armas que el soldado usará son armas secretas y no se le permitirá verlas hasta que la guerra comience. No se sabe qué clase de armas se usarán. Los ataques no se lanzarán contra soldados a quienes se supone instruídos en los modos de defenderse, sino contra ciudades, industrias, laboratorios, ferrocarriles, centrales de energía, represas y contra la población civil.

La próxima guerra podrá emplear bombas atómicas. Contra tales armas no hay defensa. Enseñar insistentemente a la juventud medios de defenderse de la bomba atómica, puede satisfacer la mentalidad militar, pero no satisface a los hombres de ciencia que conocen esa arma. Hay una sola defensa contra la guerra atómica y es la paz. El Comité de Emergencia de los Sabios Atómicos, con Alberto Einstein al frente, afirma: "La preparación contra la guerra atómica es empeño vano y, si se intentara, arruinaría la estructura de nuestro orden social".

La instrucción de la juventud bajo una completa fiscalización militar, puede desviar su espíritu hacia la servidumbre y crear conductores y secuaces, pero no ciudadanos para la democracia. El Departamento de Guerra de los Estados Unidos anunció: "En un plan sensato de enseñanza militar, no habrá lugar para actividades no esenciales a la tarea de preparar a nuestros jóvenes para el combate". El propósito evidente de los militares es el de apoderarse de la fiscalización de los espíritus de la juventud. La militarización de una generación de jóvenes es el camino que lleva a la tercera guerra mundial.

La conscripción supone que el hombre no es más que un muñeco en manos de un poder autocrático. Los hombres libres la aborrecen. Durante muchas décadas, millones de hombres llegaron de Europa a América para escapar de la tiranía del militarismo. La conscripción militar en Suiza y en los países escandinavos es completamente distinta a la que se planea en Estados Unidos y no puede servir como término de comparación. Antes de 1945, Estados Unidos jamás empleó la conscripción en tiempo de

paz; en cambio, preservó su democracia. Hoy abandona muchos aspectos de la democracia, por adoptar uno de los peores rasgos del régimen nazi.

La rapidez con que se extiende el militarismo queda demostrada por los siguientes hechos. En 1937, había unos ocho millones de hombres bajo las armas, en cuarenta países. Esos países gastaban 17.000 millones de dólares anualmente con fines militares, en vísperas de la segunda guerra mundial. En 1947, dos años después de la derrota de Alemania y el Japón, el número de hombres en esos cuarenta países era de 19 millones y los gastos militares llegaban a 27.000 millones de dólares. El gasto anual para las fuerzas armadas en Estados Unidos, es de un crecimiento espectacular:

1905	—	244	millones	de	dólares
1915	—	344	"	"	"
1925	—	717	"	"	"
1935	—	924	"	"	"
1938	—	1240	"	"	"
1947	—	13000	"	"	"

El militarismo trabaja por la guerra permanente. Esta ha sido un hecho durante la primera mitad del presente siglo. La paz ha estado representada por los momentos de calma ocasional en la guerra. Lo que vemos no es una nueva guerra, sino la continuación de la Guerra. Un gran ejército permanente y una "armada invencible" extienden el militarismo. "Un ejército permanente es uno de los peores males que pueden ocurrir", dijo el presidente James Madison.

Los que adoptan voluntariamente la vida militar como carrera, saben que la mayor parte de su tiempo no estará ocupado en la guerra, sino entre guerras. Algunos podrán adoptar esa actitud por la misma razón que en la Edad Media hacía que ciertos hombres preocupados entraran en la vida monástica, como medio fácil de huir de un mundo empobrecido y de sus responsabilidades. Entre los

militares hubo algunos hombres inteligentes. Marco Aurelio y Jorge Wáshington fueron soldados durante cierto tiempo. Eran hombres de inteligencia, integridad y fino carácter; pero no fueron soldados profesionales o vitalicios. El soldado profesional en funciones políticas ha sido generalmente, si bien no siempre, un peligro para el pueblo, a causa de su tendencia a resolver problemas políticos por procedimientos militares. En los tiempos modernos los pueblos tratan de mantener a los soldados profesionales fuera de las posiciones políticas no militares.

El militarismo y el ansia de conquistar el poder político, se extienden por el mundo. Tras ellos está la lucha económica por lucros y beneficios. Esto continuará así en tanto que el fin de la industria sea la ganancia, esto es, recibir más de lo que se da. La industria debe ser organizada para otros objetivos. El interés del consumidor, es decir, del pueblo, debe convertirse en interés supremo. La cuestión que debe plantearse no ha de ser hasta dónde puedo elevarme hundiendo a los demás, sino hasta dónde puedo elevarme ayudando a los demás a elevarse conmigo, los que a su vez me ayudarán mientras se ayudan a sí mismos. El método cooperativo habrá de invocarse para salvar al mundo del militarismo. Pues donde prevalece la cooperación, el militarismo no puede medrar.

Los cínicos afirman que en un mundo militarizado la nación que no se militarice será tragada y desaparecerá. Por lo tanto, debe militarizarse. En una sociedad donde todos roban, ¿debo yo también robar? No es ésta la solución. En semejante sociedad, debo demostrar a mis vecinos que puedo prosperar y ellos también, sin necesidad de robar. Y debo hallar un camino para demostrarlo. Debo reunir a mi alrededor a quienes piensen como yo. Debemos difundir los principios consiguientes hasta que penetren en la sociedad y hasta que el pueblo aprenda a conocer una forma de vida más satisfactoria.

En el mundo actual, la nación más grande y más rica no necesita someterse al modelo de la peor. Esa nación puede exaltar los métodos pacíficos de relaciones internacionales. Puede ofrecer una ciudadanía feliz, leal y unida, que no quiere la guerra, pero que se levantaría como unidad invencible si otra nación tratara de destruir su estructura nacional. Esta solidaridad de un pueblo próspero puede ser mantenida mejor con los métodos de la cooperación, practicados por el pueblo mismo. Un pueblo que practica la cooperación es más capaz de armonizar sus intereses con los de otras naciones y de protegerse contra las fuerzas que intentaran destruir sus pacíficas instituciones.

TITULOS PUBLICADOS

1 LA VOLUNTAD DE PODER COMO FACTOR HISTORICO, por *Rudolf Rocker.*
En este trabajo, inicial de la Colección RADAR, puede apreciarse la densidad de conceptos con que el gran pensador libertario aborda uno de los problemas capitales en la vida política y social de los pueblos.
Un folleto de 32 páginas .... $ 2.— el ejemplar.

2 REIVINDICACION DE LA LIBERTAD, por *G. Ernestan.*
Este magistral ensayo, escrito en un estilo límpido y conciso condensa, en admirable síntesis, la concepción del socialismo humanista, de la cual, el meduloso escritor belga, es uno de sus más brillantes exponentes.
64 páginas .... $ 3.— el ejemplar.

3 NI VICTIMAS NI VERDUGOS, por *Albert Camus.*
El tercer folleto de la colección RADAR lleva la firma del prestigioso y difundido escritor francés Albert Camus. A través de este trabajo puede apreciarse la singular personalidad del autor, quien encara la cruda realidad y las amenazantes perspectivas de totalitarismo y guerra que pesan sobre el género humano, planteando la revalorización del hombre frente a ese drama.
Un folleto de 48 páginas .... $ 3.— el ejemplar.

4 ANTES Y DESPUES DE CASEROS, por *Luis Franco.*
Es éste un agudo análisis de un capítulo de la historia argentina que es actualmente objeto de vivas diccusiones, al cual, el vigoroso escritor y poeta Luis Franco enfoca con amplio criterio histórico y social.
48 páginas .... $ 3.— el ejemplar.

5 ORIGEN DEL SOCIALISMO MODERNO, por *Horacio E. Roque.*
Constituye este folleto un interesante aporte a la difusión y esclarecimiento de las cuestiones de índole social.
Su autor, un ferviente estudioso, de los problemas sociológicos, respaldado por sólida documentación, proporciona, a la vez que una objetiva visión del "Origen del Socialismo Moderno", un valioso elemento de orientación y de estímulos idealista reivindicando la esencia y las más auténticas aspiraciones del ideal socialista.
64 páginas .... $ 6.— el ejemplar.

6 LA COOPERACION Y LA GUERRA, por *James Peter Warbasse.*

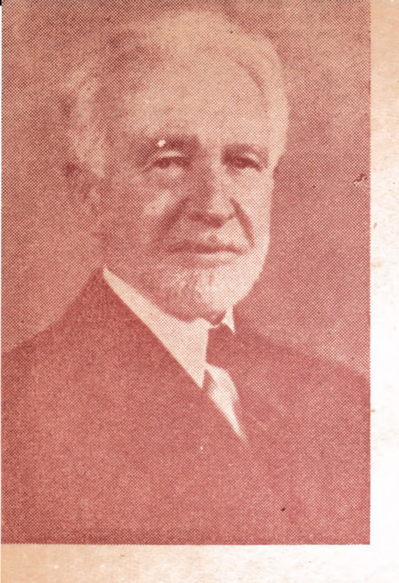
En este importante trabajo, Warbasse, teórico de la cooperación y figura mundial del movimiento cooperativista, hace una clara y valiente exposición de las causas fundamentales y de las consecuencias funestas de la guerra, ofreciendo principios para una solución del problema de la paz, sobre la base de una adecuada satisfacción de las necesidades humanas, asegurada por la gestión directa de los propios consumidores.

64 páginas .... $ 6.— el ejemplar.

7 CAPITALISMO, DEMOCRACIA Y SOCIALISMO LIBERTARIO, por *Agustín Souchy* (en prensa).

El próximo folleto de la colección RADAR contendrá, bajo ese título, una selección de ensayos de crítica y de afirmación social, originales del escritor y destacado militante libertario Agustín Souchy, de nacionalidad alemana, pero auténtico ciudadano del mundo. Souchy, que reside actualmente en México, es un estudioso activo y apasionado de los problemas sociales de nuestro tiempo, a la vez que un observador sagaz, libre de preconceptos dogmáticos. Estas condiciones se reflejan adecuadamente en estos trabajos, donde se expone en forma clara y condensada conceptos fundamentales para una nueva y más justa estructuración de la convivencia humana.

64 páginas .... $ 6.— el ejemplar.



La Obra Cumbre del

Cooperativismo Libre!

"DEMOCRACIA COOPERATIVA"

J. P. WARBASSE

en su segunda edición en español, aumentada y corregida. Un texto de más de 400 páginas.

Traducción de M. A. ANGUEIRA y J. PRINCE

Usted podrá adquirirlo suscribiéndose ahora a

$ 21.—

Su precio en librerías será de $ **34.—**

Remita el importe y el cupón adjunto:

Nombre y Apellido ....

Domicilio ....

Localidad .... *F. N.* ....

Pedidos y Valores a

LUIS DANUSSI

Casilla de Correo 320 - Capital

ixi

6

$ 6